

Advenimiento de la conciencia ecológica

*Henryk Skolimowski**

De la conciencia religiosa a la conciencia tecnológica

Hará unos seiscientos años que dominaba en el mundo occidental la conciencia religiosa. Esa conciencia se hallaba inmersa en una cosmología cristiana; se encontraba en la jurisdicción de dicha cosmología. Según habremos de ver más tarde, toda forma de conciencia se halla relacionada con una forma de cosmología —en virtud de la cual se engendra y con la que se articula. La ciencia religiosa y la cosmología cristiana iban de la mano, se definían mutuamente y se prestaban recíproco auxilio.

Guiado por la conciencia religiosa, el pueblo se acoplaba al universo que estaba presidido por el ojo vigilante de Dios. Sus negocios diarios estaban regulados por el reconocimiento de la omnipresencia de Dios y por la presencia de sus representantes: la clerecía. Lo que a mí me interesa destacar es que todo el campo de la conciencia del hombre medieval estaba conformado y empapado por las imágenes de Dios, la idea de la responsabilidad ante Dios y por el deseo de salvación y redención en el seno del Padre. Pero las cosas comenzaron a cambiar. Tras el Renacimiento, periodo de eferescencias y movimientos turbulentos, una nueva

*Universidad de Michigan en Ann Arbor.

época encuentra su momento culminante en el siglo XVII. Se cuestiona la cosmología cristiana medieval. En el proceso, la conciencia religiosa se arruina y es objeto de ataque en muchas plazas.

Emerge el secularismo como un nuevo paraguas bajo el que cristaliza una nueva conciencia. Estamos asistiendo a una lenta emergencia de la conciencia secular —con su acentuada oposición a la conciencia religiosa de antaño. Esta conciencia secular se articulará andando el tiempo en la forma de conciencia tecnológica. En adelante (a lo largo de todo el siglo XVII), esta conciencia buscará su propia articulación, adquirirá una forma nueva.

El Humanismo y el Renacimiento constituyen la primera etapa hacia la conciencia no religiosa. La persona humana comenzó a percibirse como medida de todas las cosas. Los hombres del Renacimiento repitieron el aforismo de Protágoras: “el hombre es la medida de todas las cosas”.

El siguiente paso crucial en la aparición de la conciencia tecnológica fue la cuantificación del cosmos. Sólo con el advenimiento de la visión mecanicista del mundo la situación cambiaría drásticamente. Los esfuerzos combinados de Bacon, Galileo y Descartes (junto con cien más, por supuesto) terminaron en una matriz cosmológica nueva, una nueva visión del mundo que concebía el universo como un mecanismo de relojería. Desde este punto de vista, los desarrollos serán rápidos, ejercerán un influjo de largo alcance e implicarán consecuencias imprevistas.

La nueva matriz cosmológica requiere que todos los fenómenos —para que sean reconocidos como válidos— deben ser de naturaleza física o reducibles a otros físicos. Las relaciones importantes a propósito de estos fenómenos físicos tendrán que expresarse en leyes cuantitativas. Así, pues, lo físico y

lo cuantitativo cobran especial predicamento. Con el tiempo, esto implicaría notables consecuencias, del tenor siguiente:

- la valoración del conocimiento objetivo;
- la creciente cuantificación de todos los fenómenos;
- el estrangulamiento del foco de nuestra visión e investigación; y por fin, aunque no en último lugar,
- la eliminación de lo sagrado.

Una ulterior consecuencia sería el proceso creciente de alienación —resultado directo del proceso de atomización y cuantificación. Conforme vamos dividiéndolo todo en átomos distintos, los grandes todos se desintegran. Se ha perdido ya el sentido de la totalidad. Se tiene por contra un sentido de aislamiento, separación, desgajamiento, en resumen, de alienación. La alienación psicológica es el resultado de la alienación conceptual.

Otra consecuencia del enfoque mecanicista al abordar el cosmos la encontramos en la creciente ponderación de la fuerza física, y, con ello, un sentido de intoxicación con la fuerza y una obsesión por la misma. La corrupción del poder, para designar el poder físico coercitivo, es una consecuencia de la cosmología mecanicista, que, con una lógica interna notable, sobrevalora lo físico, lo cuantitativo, lo manipulador, el control.

Es en ese momento cuando la cosmología mecanicista queda absorbida en toda la cultura, que es la cultura occidental. Viene así a dominar las mentes; conduce a la aparición de una forma distintiva de conciencia, que yo llamo conciencia tecnológica.



Debemos poner de relieve con la debida gravedad que la tecnología no debe entenderse como una caja de herramientas —indiferentes en sí mismas— buenas o malas al tenor de su uso, exclusivamente. Esta visión es un tanto ingenua y atomista, que la propia tecnología se encarga de ir perpetuando. En este momento de la historia, la tecnología lo invade todo, hasta el punto de haberse convertido en una forma

de conciencia. Cuando pensamos en la tecnología, pensamos en el “control y la manipulación”. La tecnología es una visión de la realidad, no el uso de unos instrumentos.

Cuando nosotros intervenimos en el mundo a través de la tecnología, nunca nos detenemos a pensar en ser benignos, compasivos o amantes del prójimo, sino siempre en cómo ser eficaces, controladores y afirmativos. Esta actitud de control y manipulación forma parte ahora de la constitución mental de la gente de Occidente.

Otro aspecto sugestivo, yo diría fascinante, de la tecnología radica en que, aun cuando la conciencia tecnológica se supone posee un carácter secular en toda su extensión, encierra su propio programa trascendental, su propia forma de deidad. Busca la divinidad del hombre aquí en la Tierra, mediante su liberación de viejos yugos, dándole dignidad y libertad; y, asimismo, mediante la creación en él de una imagen de Dios industrioso capaz de realizarlo todo por sí mismo.

Ahora bien, buscar plenitud y realización sobre la Tierra, a través del propio esfuerzo, constituye un proyecto admirable. El problema comienza cuando amasamos demasiado poder con el que destruimos los hábitats naturales y en virtud de lo cual quedamos intoxicados hasta el punto de olvidarnos cuál es nuestro puesto en el planeta. En ausencia de valores superiores y de toda forma de sabiduría relativa al destino humano, la acumulación de poder se convierte en algo realmente peligroso que nos lleva a una arrogancia sin límites y, en última instancia, a la loca embriaguez.

Séanos permitido resumir sucintamente las características de la conciencia tecnológica. Cuando contemplamos la estructura general, su modo global

de operación, la conciencia tecnológica se nos revela a sí misma como:

1. Objetivadora
2. Atomizadora
3. Alienadora
4. Fuerza dominante
5. Desacralizadora
6. Imbricada en la escatología del consumo

Este último punto necesita alguna mayor elaboración. ¿En qué consiste la escatología del consumo? La escatología es el tema que se ocupa, de suyo, de los fines y objetivos últimos de la vida humana. Cuando se carece de esos fines a largo plazo, una vez que se han hundido los valores religiosos y espirituales, el consumo se convierte en un imperativo de nuestra vida, en un objetivo global, en una forma de plenitud, en foco de aspiraciones.

De forma indirecta y grosera, el consumo ha devenido una vía de salvación, por consiguiente, una escatología. Consumir nuevos juguetes, nuevos tipos de palomitas de maíz, nuevas televisiones, nuevos muebles, nuevos ordenadores, no es, de por sí, algo nocivo. Lo que sí resulta peligroso e insano para nuestras vidas psíquicas es que este proceso consumista se convierta en una suerte de urgencia religiosa que nos prometa felicidad, realización personal y salvación. En este sentido decimos que la tecnología se ha convertido en una forma de escatología.

En resumen, una vez que hemos vaciado el universo de contenido religioso, de valores intrínsecos; una vez hemos declarado lo físico, objetivo y fría-mente racional como la nueva deidad; una vez que los patrones culturales tradicionales se han desintegrado en el miasma del pensamiento atomizador, lo

que ha emergido como nuestra nueva escatología es la prosecución embriagante de poder y consumo entontecedor.

Ha emergido también una nueva forma del hombre —el hombre fáustico que celebra su día en la búsqueda de la gratificación aquí y ahora—. El hombre fáustico mantiene la tesis de que sólo se vive una vez, por consiguiente se vive peligrosamente, a expensas de cualquier cosa y de cualquier persona; y ello, aunque suponga la ruina de futuras generaciones y la destrucción de hábitats ecológicos. El hombre fáustico es la manifestación humana de la tecnología rapaz. El hombre fáustico es el reconocimiento simbólico de la descendencia del poder desnudo y la decadencia simultánea de la espiritualidad humana.

Mientras analizamos las limitaciones de la conciencia técnica, no olvidamos en absoluto el otro lado de la moneda, a saber, que la tecnología ha sido un sueño noble que aliviara nuestra fatiga, que la misión mecanicista del mundo fue en una ocasión la escalera para la libertad, de las restricciones y opresiones de ciertas conciencias religiosas. Ni queremos poner en cuestión los aspectos beneficiosos de la tecnología-confort, el surgimiento del bienestar material de la vida, el sentido de la libertad de movimientos (aunque sólo sea ilusoria), la eliminación de las enfermedades contagiosas y una manera fácil de plantear y resolver ciertos problemas.

Pero, a medida que nos vamos acercando al siglo XXI, la conciencia tecnológica aparece con mayor intensidad como una amenaza con su rendimiento y eficacia sin normas, su crecimiento incontrolado del poder y su carencia de cualquier sentimiento. La conciencia tecnológica, lisa y llanamente, no suma. Desgraciadamente, produce demasiados males por

sí misma. Y el precio del confort y de otros alivios no valen la pena pagarlo. A ese estado de conocimientos hemos llegado, en cuanto sociedad, aunque de una manera demasiado lenta.

La historia de la tecnología es la de un éxito que fue tan estupendo que se convirtió en nuestra pesadilla. El péndulo se ha bandeado excesivamente en la dirección contraria a la conciencia religiosa. De ahí que busquemos restablecer un nuevo equilibrio, y en ese proceso intentamos equilibrar nuestras propias vidas.

La conciencia ecológica que se perfila en este ensayo es una síntesis. La conciencia religiosa sería la tesis. La conciencia tecnológica sería la antítesis. La conciencia ecológica sería la síntesis en el sentido de que insta a la vuelta de lo espiritual sin sometimientos a determinadas ortodoxias o credos. Busca la mejora social y la justicia para todos sin cantar las excelencias del poder físico ni celebrar la naturaleza agresiva de la persona humana.

No vamos a defender que ha llegado la hora de la conciencia ecológica, que esté plenamente articulada y que se halla instaurada entre nosotros. Antes bien, estamos sugiriendo que ha de buscarse, que hay que llegar a su fruición, que está dormida y que demanda ser develada y articulada. Nuestra proyección es parte de nuestra articulación, forma parte esencial de la creación de la conciencia ecológica. La arribada de la conciencia ecológica viene augurada por muchos signos. El día primero de enero, Día de la Paz, el papa Juan Pablo II escribió una carta pastoral, la primera carta ecológica en su integridad, en la que proclama que "la conciencia ecológica está emergiendo. No debe acallarse, sino animarse y cultivarse, hasta el punto de que encuentre expresión en programas e iniciativas concretas".

El surgimiento de la conciencia ecológica

Todos los modos de conciencia se hallan enraizados en la historia y poseen un carácter histórico. Aparecen en determinado momento de la historia y desaparecen, o sufren profundas modificaciones, en otro instante de la historia. Así pues, la conciencia está determinada por la historia. Pero, a su vez, ella determina la historia. En nuestros días, hemos asistido a la introducción de *lo verde en la conciencia*. Junto con ese proceso "reverdecedor" se está produciendo otro: el proceso de introducir lo verde en las religiones del mundo, aun cuando esto último sea menos perceptible. Séanos permitido recordar que, desde el congreso de Assisi (1986) en el que se dieron cita las cinco principales religiones, la interpretación ecológica del mundo religioso ha adquirido una importancia destacada.

El precursor de la conciencia ecológica fue, por un lado, el movimiento ecologista y, por otro, las distintas escuelas de la psicología humanista. En sus formas distintivas, uno y otro se enfrentaban contra el talante de la edad mecanicista. Ambos pusieron de relieve el holismo y la irreductibilidad de grandes todos complejos a sus elementos componentes: los hábitats ecológicos y las personas humanas. Ambos movimientos constituyeron un reto que se lanzaba contra la racionalidad del sistema mecanicista. Ambos movimientos se profesaban en el marco de un nuevo tipo de racionalidad holista.

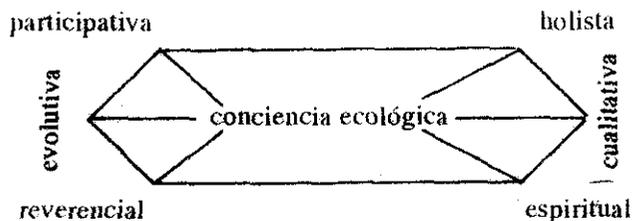
Además, en cierto sentido, ambos movimientos poseían un aire religioso. No sólo ofrecían esbozos intelectuales nuevos, sino, también, una forma de liberación. Esta liberación, aunque no siempre explícita, se pretendía que aportara libertad de las cadenas y grilletes deterministas y mecanicistas. El

holismo, que ambos movimientos realizaban, constituía la primera etapa hacia la liberación.

¿Cuáles son las principales características de la conciencia ecológica? Enumeraremos seis de ellas y las pondremos en contraste con las propias que definen la conciencia tecnológica. No queremos decir que esas seis características acotan completamente el alcance y la naturaleza de la conciencia ecológica. Sencillamente, teníamos que simplificar. Entender es simplificar.

<i>Conciencia ecológica</i>	<i>versus</i>	<i>Conciencia tecnológica</i>
holística	»	atomizadora
cualitativa	»	cuantitativa
espiritual	»	secular
reverencial	»	objetiva
evolutiva	»	mecanicista
participativa	»	alienadora

Una forma más apropiada de expresar la naturaleza de la conciencia ecológica sería a través de un mandala de cada una de sus características, en el que cada una se alimenta y se apoya simultáneamente de la otra; es decir, se codefinen.



Séanos permitido analizar estas características y descubrir qué significan todas para nuestra propia vida y nuestra percepción del universo.

Que una persona humana sana y completa constituye un microuniverso dotado de notas holísticas y cuantitativas es algo que no admite ninguna duda. Que un ser humano que busca sentido más allá de la trivialidad del consumismo posee una suerte de talante espiritual también es algo de lo que no cabe dudar. La búsqueda de un sentido es una búsqueda de índole espiritual.

En lo concerniente a la actitud de reverencia, cualquier persona que respete realmente a los demás y que aprecie la extraordinaria alquimia del universo no puede menos que mostrarse reverencial ante el sobrecogedor espectáculo de la creación. Por consiguiente, la reverencia constituye un aspecto de abordar y comprender el universo, en profundidad y con una auténtica apreciación.

Vivir en gracia es comportarse con comprensión reverencial de manera continua. Vivir en gracia es pensar reverencialmente. Vivir en gracia es pasear en la hermosura, como canta una hermosa canción de los indios americanos.

La comprensión reverencial, lo mismo que la actitud reverencial, no son nuevas creaciones de conciencia ecológica. Han existido en las culturas tradicionales y en las religiones desde hace muchísimo tiempo. El autor sólo se propone darles una nueva articulación original.

La condición natural de la persona humana que se siente viva es la de hallarse encantada en el mundo que la rodea. La reverencia es un reconocimiento de ese encantamiento.

Pero, ¿cómo puede testimoniarse la naturaleza reverencial del universo? podría preguntarse un es-



céptico racionalista. Nos gustaría decirle que a través de la existencia de la ciencia reverencial y de la tecnología reverencial, aun cuando estas dos no hayan conocido todavía un desarrollo suficiente. Pero no sería cierto afirmar, sin embargo, que no existen.

Varios sistemas de yoga representan la tecnología reverencial. Y no debiéramos levantar los párpados ni ridiculizar la idea porque estemos acostumbrados a pensar en la tecnología refiriéndose a objetos físicos con los que domeñamos al mundo físico. Nuestras interacciones con el universo son múltiples y sutiles. Cualquier herramienta o técnica que nos ligue con el universo es una forma de tecnología. Los sistemas de yoga son técnicas del alma. La oración es una suerte de tecnología, si el orante se implica en ella y facilita sus interacciones con el universo divino.

Las cosmologías son asuntos de enfoque

Permítasenos reflexionar algo más sobre la naturaleza de la cosmología. La cosmología realiza hipótesis sobre el universo *in toto*. Y, al hacerlo, actuando sobre esas hipótesis, descubre en el universo lo que se ha supuesto que era el caso. Tal ha sido el devenir de la mayoría de las cosmologías conocidas. Las cosmologías *no* demuestran la existencia de este o aquel atributo que imaginan en su descripción del cosmos. Ellas proceden como si tal atributo fuera inherente a la estructura del universo. Y entonces construyen grandes pautas de percepción y conocimiento que vindican la existencia presumida de un atributo determinado.

Permítasenos subrayar un punto importante: *nada se revela a sí mismo en el cosmos a menos que demos*

por supuesto de antemano que existe. Si no partimos de entrada que el universo es de naturaleza física, nunca seremos capaces de concederle el atributo que estipulamos. Hemos de partir de algún lugar. La cosmología es el juego de las hipótesis. Estas hipótesis no se prueban. Se estipulan y se trabaja con ellas.

Este proceso de estipulación de hipótesis o de creación de cosmologías es un proceso precientífico, en un sentido histórico y en un sentido epistemológico. La ciencia tiene muy poco que decir sobre ese proceso porque ese proceso precede a la ciencia. Por consiguiente, ese proceso está fuera de la jurisdicción de la ciencia. La ciencia occidental aparece sólo cuando se da por supuesta una cosmología de cierto tipo, a saber, una cosmología mecanicista. Por consiguiente, dentro de la esfera de la cosmología general, la ciencia no puede ser un árbitro de la validez de otras cosmologías porque es una suerte de partisano peculiar contra otra cosmología.

Así, pues, no necesitamos preocuparnos en demasía sobre el veredicto de la ciencia mientras nos hallemos involucrados en la creación de cosmologías no mecanicistas. Si la ciencia intenta entorpecer nuestras descripciones cosmológicas, podremos enviar la ciencia al infierno con toda paz; o enviarla a la cosmología mecanicista, a la que pertenece. Porque cuando intenta interferir con otras cosmologías, la ciencia mecanicista trasciende su propio dominio y competencia.

Retornando al punto relativo a la naturaleza reverencial del universo, no necesitamos ser anti-científicos ni ignorar la existencia de la ciencia en ese asunto. Pero necesitamos observar que no hay nada en la estructura y en el lenguaje de la ciencia que nos prohíba contemplar reverencialmente el universo.

Las cosmologías son asunto de la voluntad y del enfoque. Si desarrollamos la actitud reverencial hacia el universo, si articulamos esas formas de pensamiento, percepción y comportamiento que nos permiten pasear con la belleza, habitaremos en el universo reverencial. El universo será reverencial porque lo queremos así. Por tanto, el universo es reverencial si tenemos la capacidad de interactuar con él reverencialmente. De eso se ocupa la conciencia ecológica. Se ocupa, pues, de desarrollar y articular esas capacidades que nos permiten habitar en un universo reverencial y, en última instancia, vivir en gracia.

Para la mente divina, el cosmos es divino. Para la mente materialista, el cosmos es materia. Para la mente del mono, el cosmos es simiesco. Estas proposiciones deben tomarse con absoluta seriedad. Porque es la mente la que impone las reglas sobre el cosmos irregular. Cualquier orden que hallemos en el universo es un orden que la mente ha inventado. Cualesquiera atributos que descubramos en el universo son atributos que la mente ha ideado. El universo no es grande ni chico; ni hermoso ni feo. El brillo de la mente llena ese vacío y lo convierte en espacio divino.

En el discurrir del tiempo, algunas mentes han sintonizado con el modo divino o sacramental del universo y han podido experimentar lo divino. Cuando esas mentes soberbiamente sintonizadas aparecieron en la India, crearon los *Upanishads*. Cuando esas mentes aparecieron en el antiguo mundo hebreo crearon la *Biblia*. En la Grecia clásica esas mentes quedan ejemplificadas por Pitágoras y Platón, quienes hablaron de lo divino.

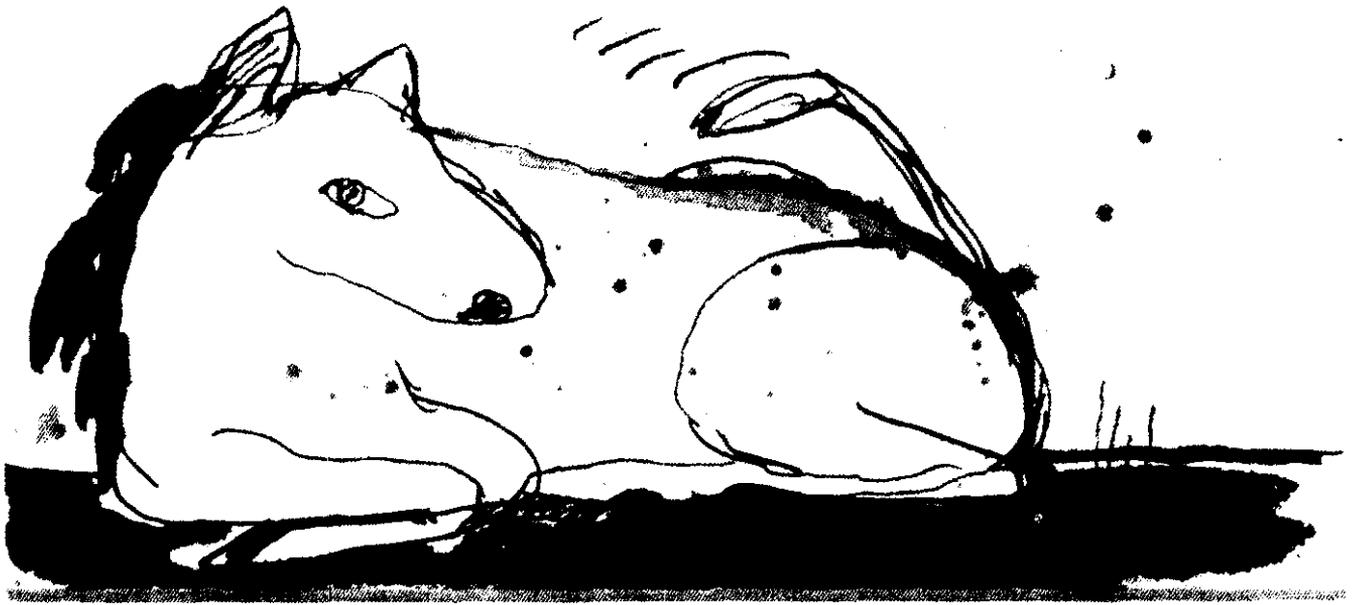
Ahora esas mentes, que originalmente proyectaron la divinidad sobre el cosmos, se sentirían gozo-

sas con la creación que ellos decidieron: atribuir esa divinidad al cosmos mismo. Convirtieron el cosmos en algo divino. Sostuvieron que la divinidad se hallaba en el cosmos. Brahman, Yavé y la Cabeza de Dios serían el Fundamento Absoluto del Ser del que todo nace. La sacralidad es un atributo de la mente, no un atributo del cosmos. Sólo cuando abordamos el universo con una actitud reverencial y desde ese enfoque descubrimos sagrado el mundo.

Todo lo que hemos dicho sobre la reverencia se aplica a la espiritualidad (el cuarto elemento de nuestro mandala). Si suponemos que el universo sólo contiene materia desnuda y que la única forma de

conocer este universo es a través del conocimiento físico, no hallaremos evidentemente traza alguna de espiritualidad en ese universo porque nuestras hipótesis y nuestro lenguaje lo han desvanecido.

Pero, si por otro lado, suponemos que el universo está espiritualmente vivo y que nosotros somos agentes espirituales, y actuamos sobre esas hipótesis, hallaremos amplia evidencia de que el universo es transfísico y transbiológico o simplemente espiritual, como mucha gente de inclinaciones espirituales —y con el coraje suficiente para admitir que el universo es un lugar espiritual— ha descubierto en la historia.



Sobre la evolución y la esperanza

Séanos permitido analizar brevemente las dos últimas características, los aspectos evolutivos y participativos de la conciencia ecológica. La hermosura de nuestro universo se halla inherentemente ligada con la hermosura de la evolución; este proceso global en cuyo seno las extraordinarias fuerzas creadoras han cooperado para alumbrar el milagro de la vida. El filósofo francés Henri Bergson captó la esencia de ese proceso acuñando la expresión de "evolución creatriz". Su compatriota Pierre Teilhard de Chardin fue un bardo rapsoda que cantó himnos sin cuento a la evolución creadora. Teilhard se esforzó muchísimo por convencernos de que la evolución no era un proceso fantástico darwinista que iba dando saltos caprichosos de azar en azar, de una necesidad incomprensible en otra. (Me estoy refiriendo al libro de Jacques Monod: *El azar y la necesidad*, escrito para consolidar la cosmovisión materialista y el concepto darwinista de evolución.) No. La evolución no constituye ningún proceso azaroso y necio de remontar una variación benéfica sobre otra. La evolución es tan exquisita en su modo de operación que podría llamarse divina. Yo no tengo dificultad en aceptar la idea de que Dios es evolución y que la evolución es Dios.

En resumen, la conciencia ecológica es evolucionista por excelencia. ¿Por qué es la aceptación de la evolución creadora tan importante para la estructura general de la conciencia ecológica? Más. ¿Por qué es la comprensión correcta de la evolución tan importante para nuestro sentido del futuro y para nuestro destino?

Por tres razones. Una lectura sensible de la evolución nos indica que el universo está quintaesen-

cialmente inacabado, que somos esencialmente inacabados. De esto se sigue con toda nitidez que debemos desplegarlos más a medida que el cosmos se va desplegando. Otra conclusión importante que se sigue es que tenemos que hacer algo, que tenemos un futuro estupendo ante nosotros. Somos niños todavía en el juego cósmico. Hemos de madurar, hemos de tomar nuestro destino de una manera más resolutiva con nuestras manos; tenemos que ser menos necios, menos vulgares, menos consumidores; más frugales y más sabios. Esto es lo que una lectura inteligente de la evolución nos señala en primer lugar.

En segundo lugar, una lectura inteligente de la evolución nos indica que la evolución es un agente *divinizador*, que transforma la materia en espíritu. Aunque alguna gente sostiene que la conciencia debe estar presente en la materia y en todo el universo desde el comienzo (de otra manera no podría existir), no participo de esa opinión. La conciencia es algo *emergente*. Aparece en determinado momento del desarrollo de la materia. Aun cuando pudiera estar de acuerdo en que la conciencia está allí, profundamente escondida en las capas interiores de la materia... esperando su liberación, seguiría defendiendo que este proceso de liberación de los dominios de la materia era tan extraordinario y tan creador que podemos fácilmente hablar de la creación de la conciencia y no de un mero despertar. En mi opinión, pues, en determinada coyuntura de la evolución, quizá con las primeras amebas, nació una sutil conciencia. Luego fueron apareciendo formas articuladas de conciencia, hasta que hizo acto de presencia la autoconciencia. Yo diría que vinieron después la espiritualidad y el sentido de la divinidad —formas exquisitas de autoconciencia que reflejan

las posibilidades de su propia estructura—. La sacralidad y la espiritualidad —por insistir en ese punto— son un elemento de la estructura de nuestra conciencia, a medida que se va refinando y trascendiendo lo físico y lo biológico. A mi entender, la evolución es pues un sutil proceso de divinización, de transformación de la materia en espíritu, de transformación de la conciencia en auto-conciencia, autoconciencia en conciencia de lo sagrado.

Una lectura inteligente de la evolución es importante por otra razón más. Nos permite formular aquello que a mí me gustaría denominar El camino medio, que corre entre la conciencia religiosa y la conciencia materialista. La primera, en el sentido restringido en que la tomo, considera que toda la divinidad y espiritualidad viene dada por Dios y representa un reflejo de Dios. La segunda afirma que la conciencia es una función de la materia (marxismo) y que la espiritualidad y la divinidad son meras ilusiones o ficciones de la mente humana. Para mí, la espiritualidad es un aspecto de la evolución en su despliegue.

Existe por último el sexto aspecto importante de la conciencia ecológica. Me refiero al reconocimiento de la mente participativa, al reconocimiento de que constituye una conciencia participativa y cocreadora. El astrofísico John Archibald Wheeler escribe:

El universo no existe fuera, independiente de nosotros. Nos hallamos inescapablemente involucrados en el desarrollo de lo que está apareciendo y sucediendo. No somos meros observadores. Somos partícipes. En algún sentido extraño este universo es un universo participativo.

Se trata de un punto de vista que ha recibido la confirmación de otros físicos y filósofos. Ahora, la idea de un universo participativo estaría vacía de sentido si no creáramos la mente participativa como socio en la cocreación. “Sin mente no hay mundo”, que ya decía el viejo Parménides.

La concepción de la mente participativa significa su presencia en todos los productos de nuestro conocimiento y en *todas* las descripciones del mundo. Cuanto recibimos del mundo nos viene filtrado por la mente. Lo que no se filtra no se recibe. Si fuéramos una especie distinta y poseyéramos otra estructura mental completamente diferente, nuestras descripciones del mundo serían también diversas. En este sentido, la conciencia está ligada a la especie.

Nunca describimos el mundo tal cual es. Siempre lo describimos “a nuestra manera”. Invariable e incansablemente, nuestra mente se expresa (a través de las distintas facultades y sensibilidades que poseemos) partiendo de datos amorfos primordiales del universo. Pero lo dado no es algo dado como tal; siempre viene mediado, moldeado, conformado y determinado por la mente.

Vayamos ahora a un elemento de la conciencia ecológica que no está en el mandala, pero que resulta de vital importancia. Ese elemento es la *esperanza*. Dante identificaba la esperanza con los cielos y la desesperanza con los infiernos. Más aun, en la inscripción que había en la Puerta del Infierno leíase: “Abandonad toda esperanza” (parte I, canto III).

La esperanza es crucial para la vida vivida en la hermosura. Es tan importante para nuestra concepción del universo holista y para nuestra actitud de reverencia para la vida que debe formar parte de la conciencia ecológica. Cuando la esperanza se tambalea, todo se tambalea.

Nuestra conciencia atomizada y fracturada ha creado el vacío espiritual, en cuya onda la desesperanza se mueve con naturalidad. Se trata de una forma de infierno, el de vivir en el mundo sin esperanza. La conciencia tecnológica es incapaz de aportar ninguna estructura de esperanza. Por esta razón ella se condena como vehículo insuficiente de pervivir.

La esperanza no es un pensamiento voluntarioso, sino un vector de trascendencia continua. La esperanza forma parte del esqueleto de nuestra existencia. La esperanza es parte de nuestra estructura ontológica. La esperanza es el oxígeno de nuestras almas. La esperanza es una reafirmación de nuestra fe en el significado del universo. La esperanza es una condición previa a todo sentido, a todo esfuerzo, a toda acción. Abrazar la esperanza es una forma de sabiduría. Abandonar la esperanza es una forma de infierno. En un sentido esencial, la esperanza atraviesa toda la estructura de conciencia ecológica.

El proceso de "verdecimiento" de la conciencia avanza... Pero sería conveniente adelantar algunas palabras de cautela. El proceso no ocurrirá de forma automática.

Cambiar la conciencia humana que está hoy enraizada en costumbres mecanicistas exigirá un esfuerzo doloroso. Precisaré de una suerte de revolución. A ésta se refiere Ionesco cuando habla de revolución: "La revolución es un cambio en el estado de la conciencia." Incidentalmente, las revoluciones que no funcionan, como la revolución soviética, fracasaron a la hora de crear una nueva conciencia.

Los sentimientos, la reverencia y el pensamiento holista no nos vienen dados como un *deus ex machina*, sino que demandan un diligente trabajo sistemático. Llamo a estos ejercicios especiales, que nos llevan a la adquisición de la conciencia ecológica, eco-yoga. No tengo espacio para explicar aquí los principios del eco-yoga, en particular cuando por yoga se entiende la *praxis* al uso. Las prácticas espirituales de las viejas y venerables tradiciones pueden resultar de extraordinaria ayuda. Muchos de los sistemas de yoga que persisten todavía podrían colaborar si se emplean con discreción.

Estamos solos cuando nacemos y solos cuando morimos. También nos encontramos solos a la hora de acometer rupturas profundas. Pero estamos ligados con el maravilloso tapiz de la vida y de la evolución en múltiples formas. Cuando pugnamos por nuestro propio yo, cuando esperamos nuestra alma y luchamos por dotarla cada vez de mayor luz, también solemos encontrarnos solos.

La soledad es la madre de la perfectibilidad.
 El coraje es el fuego del alma.
 La esperanza es el impulso duradero de mantenerse.
 El camino recto es el reconocimiento de la sabiduría, de los límites cósmicos.
 La conciencia ecológica es hallar una estructura de hermosura viable y sensible que lo abarca todo.

Reestructuración productiva y reorganización social

(Tercer coloquio de Jalapa)

Centro de Análisis del Trabajo (CAT), UAM-I, UAM-X, UAM-A, Centro de Investigaciones Históricas (UV), Facultad de Sociología (UV), Facultad de Economía (UV), CIESAS (Golfo), Instituto de Investigaciones Económicas (UNAM), Instituto de Investigaciones Sociales (UNAM), Facultad de Economía (UNAM), Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (UNAM), Red Nacional de Información sobre Maquiladoras, Red Nacional de Investigación Urbana, Centro de Estudios de Población (UAH), Mujeres en Acción Sindical, CEMOS, Departamento de Trabajo Social (UAT), CES (Colegio de México), DEAS (INAH), Dirección de Estudios Históricos (INAH), ENAH, ENAH (Chih.), CIESAS, UPN, Centro de Investigaciones en Ciencias Económico Administrativas (UAEM), COLEF, CIR-U de Yucatán, Escuela de Economía (UAP), Escuela de Sociología (UAQ), Escuela de Economía (UAZ), Colegio de Sonora, Instituto de Investigaciones Sociales (U de G), Departamento de Sociología (UA de AC), Red de Información frente al Tratado de Libre Comercio, Seminario Permanente de Estudios Chicanos y de Fronteras (DEAS-INAH), Centro de Estudios de Fronteras y Chicanos A.C., División de Estudios de Posgrado (FE, UNAM), Red Franco-Latinoamericana: Trabajo y Tecnología, Colegio de Puebla, DIAU-ICUAP.

Frente Auténtico del Trabajo, SITUAM, STUNAM, Sindicato del Bancomext, Sindicato del IMP, Sindicato Nacional de Trabajadores de Telecomunicaciones de México, Sindicato Mexicano de Electricistas, Planilla Rojinegra del Sindicato del IMSS.

Revistas: *Trabajo*, *El Cotidiano*, *Problemas del Desarrollo*, *Investigación Económica*, *Estudios Sociológicos*, *Ciudades*, *Crítica*.

CONVOCATORIA

Las instituciones firmantes convocan al tercer coloquio de Jalapa que se realizará en la Universidad Veracruzana del 7 al 10 de octubre de 1992.

Temario:

1. Reestructuración y economía
2. Reestructuración y trabajo
3. Reestructuración y problemas urbanos
4. Reestructuración y modernización educativa.
5. Proyectos y respuestas sociales, políticas y culturales frente a la reestructuración.
6. Reestructuración y medio ambiente



Los interesados en presentar ponencias deberán enviarlas antes del 19 de septiembre de 1992 a Enrique de la Garza Toledo, Maestría en sociología del trabajo, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, Apartado postal 55-536, 09340, México, D. F., o a Leopoldo Alafita, Centro de Investigaciones Históricas, Francisco Moreno y esquina Ezequiel Alatraste, Apartado postal 369, Jalapa, Veracruz (tel. 529-67).

